Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Catequesis

Audiencia General

La oración de Jesús (3)

14 de diciembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero reflexionar con vosotros sobre la oración de Jesús relacionada con su prodigiosa acción sanadora. En los evangelios se presentan varias situaciones en las que Jesús ora ante la obra benéfica y sanadora de Dios Padre, que actúa a través de Él. Se trata de una oración que, una vez más, manifiesta la relación única de conocimiento y de comunión con el Padre, mientras Jesús participa con gran cercanía humana en el sufrimiento de sus amigos, por ejemplo de Lázaro y de su familia, o de tantos pobres y enfermos a los que Él quiere ayudar concretamente.

Un caso significativo es la curación del sordomudo (cf. Mc 7,32-37). El relato del evangelista san Marcos que acabamos de escuchar muestra que la acción sanadora de Jesús está vinculada a su estrecha relación tanto con el prójimo —el enfermo— como con el Padre. La escena del milagro se describe con detalle así: «*Él, apartándolo de la gente, a solas, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: "Effetá" (esto es, 'ábrete')*» (vv. 33-34). Jesús quiere que la curación tenga lugar *apartándolo de la gente, a solas*. Parece que esto no se debe solo al hecho de que el milagro deba mantenerse oculto a la gente para evitar que se formen interpretaciones limitadas o erróneas sobre la persona de Jesús. La decisión de llevar al enfermo a un lugar apartado hace que, en

de Jesús ante el dolor de Marta y María y de todos los amigos de Lázaro, y desemboca en el llanto —tan profundamente humano— al acercarse a la tumba: «*Jesús, viéndola llorar a ella (Marta), y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: "¿Dónde lo habéis enterrado?". Le contestaron: "Señor, ven a verlo". Jesús se echó a llorar*» (Jn 11,33-35).

Esta relación de amistad, la participación y la conmoción de Jesús ante el dolor de los parientes y conocidos de Lázaro, está vinculada, en todo el relato, con una continua e intensa relación con el Padre. Desde el comienzo, Jesús hace una lectura del hecho en relación con su propia identidad y misión, y con la glorificación que le espera. Ante la noticia de la enfermedad de Lázaro, en efecto, comenta: «*Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*» (Jn 11,4). Jesús acoge también con profundo dolor humano el anuncio de la muerte de su amigo, pero, siempre en estrecha referencia a la relación con Dios y a la misión que le ha confiado, dice: «*Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis*» (Jn 11,14-15). El momento de la oración explícita de Jesús al Padre ante la tumba es el desenlace natural de todo el suceso, tejido sobre este doble registro de la amistad con Lázaro y de la relación filial con Dios. También aquí las dos relaciones van juntas. «*Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado"*» (Jn 11,41): es una eucaristía. La frase revela que Jesús no dejó ni siquiera por un instante la oración de petición por la vida de Lázaro. Más aún, esta oración continua reforzó el vínculo con el amigo y, al mismo tiempo, confirmó la decisión de Jesús de permanecer en comunión con la voluntad del Padre, con su plan de amor, en el que la enfermedad y muerte de Lázaro se consideran como un lugar donde se manifiesta la gloria de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, al leer esta narración, cada uno de nosotros está llamado a comprender que en la oración de petición al Señor no debemos esperar una realización inmediata de aquello que pedimos, de nuestra voluntad, sino más bien encomendarnos a la voluntad del Padre, leyendo cada acontecimiento en la perspectiva de su gloria, de su designio de amor, con frecuencia misterioso para nuestros ojos. Por ello, nuestra oración, petición, alabanza y acción de gracias deberían ir juntas, incluso cuando nos parece que Dios no responde a nuestras expectativas concretas. Abandonarse al amor de Dios, que nos precede y nos acompaña siempre, es una de las actitudes de fondo de nuestro diálogo con

Queridos hermanos y hermanas, nuestra oración abre la puerta a Dios, que nos enseña constantemente a salir de nosotros mismos para ser capaces de mostrarnos cercanos a los demás, especialmente en los momentos de prueba, para llevarles consuelo, esperanza y luz. Que el Señor nos conceda la capacidad de orar cada vez más intensamente, para reforzar nuestra relación personal con Dios Padre, abrir nuestro corazón a las necesidades de quien está a nuestro lado y sentir la belleza de ser *hijos en el Hijo*, junto con muchos hermanos. Gracias.

*(***Saludo** *a los peregrinos de lengua española)*